

Juegos de cama

“¿Quieres que te cuente por qué casi mi mamá me vuelve marica? He aquí la historia”, lanza de un solo zarpazo la anécdota Roberto Caballero Pérez, un hombre de cincuenta años, barranquillero y con un sentido del humor fuera de serie. Tiene unos kilos de más, su cabello y ojos son negro azabache. Lo acompaña una carcajada capaz de oírse a los alrededores de la cuadra, pero su tono de voz es tan bajo que casi no se le escucha cuando habla.

Su oficina en Barranquilla, desde donde dirige la empresa familiar Ganadería Caballero Pérez, compañía que se dedica al ganado y al cultivo de palma africana en distintos municipios del Magdalena y el Atlántico, es el lugar en el que más pasa el tiempo. Sobre su escritorio de madera muy pulida tiene las fotografías de toda su familia y un computador portátil a su lado izquierdo. Después de tomarse el último tinto del día, continúa su acaparadora historia.

“Cuando yo era *pelao*, las mujeres con las que uno se casaba generalmente no se acostaban con uno sino después de la fiesta de matrimonio. Pero, *mija*, eso no significaba que uno iba a llegar virgen”, afirma Roberto tocándose su argolla de matrimonio. “Uno tenía que tener mínimo tres mujeres que lo hubiesen educado en eso para poder presentarse al lecho matrimonial como debía ser. Entonces, tocaba rebuscárselas. Ahí es cuando entra al cuento la famosa Aideth”, dice con la picardía que se le desborda, mientras se ríe al recordar.

Hoy, Roberto está casado y tiene tres hijos, pero, cuando era joven, generalmente representaba un dolor de cabeza para Berta Pérez, su madre.

“Mi madre era tan celosa con mi papá como lo era con nosotros, especialmente conmigo”, afirma Roberto observando una fotografía de ella cuando era joven. “En esa época no había celular,

entonces se la pasaba buscándome como loca por las calles de Barranquilla y yo vivía escondiéndome de ella”, cuenta rompiendo con una estruendosa carcajada.

“Pero un día la cosa me salió mal, pues yo pensaba que mi mamá ya estaba dormida y salí en su carro a buscar a Aideth, la empleada de servicio de mi tío Hernando y tía Gladys, y la que desvirgó a casi todos los hombres de la familia”, afirma rozándose con la mano la rodilla izquierda

A Aideth Vargas, oriunda de Ovejas, Bolívar, la recuerdan como una mujer muy hermosa, de tez blanca y ojos verde aceituna. Por tres años fue la empleada de servicio de los Pérez, pero más allá que limpiar y cocinar, Aideth se encargó en ese tiempo de iniciar sexualmente a los dos muchachos que vivían en esa casa, Carlos Hernando y Gustavo, a Roberto, su primo hermano, y a 8 hombres más de la misma parentela.

“Carlos Hernando y Gustavo ya se la habían cogido, y estoy seguro que mi tío para ese entonces también lo había hecho”, dice Roberto muy tranquilamente, como suele estar al hacer comentarios fuera de lugar. “Me dijeron que lo único que yo tenía que hacer era recogerla y parquearme enfrente de una casa oscura y abandonada que quedaba donde antes estaba el Colegio Karl C. Parrish, y listo, ahí coronaba. Aideth lo hacía por dos razones, pues eso me dijo una vez, primero, le gustaba el hecho de iniciar a los hombres en su madurez sexual y, segundo, le encantaban los perfumes finos. Obviamente, a mí me tocó robarle un perfume a mi mamá para dárselo”, comenta mientras se truenan los dedos de las manos, manía que parece tener desde hace muchos años.

“El cuento es que mi mamá siempre estuvo un paso más adelante que yo y ella ya se había dado cuenta de que Aideth era más que amable con nosotros. Entonces, esa noche se hizo la dormida mientras yo iba a que me abrieran la puerta al edén”, afirma con su risa escandalosa.

En ese preciso instante, entra Berta a la oficina. Había sido citada para llegar media hora antes, pero el tráfico le había impedido estar a tiempo. Mientras iba entrando, alcanzó a escuchar el nombre de Aideth y, por ende, supo inmediatamente qué historia estaba contando su hijo. Con parsimonia se sienta junto a Roberto y le interrumpe el relato utilizando su voz ronca y desgastada por los años que lleva fumando cigarrillo.

“Esa Aideth era una *brincona* y yo, desde que la contrató mi cuñada Gladys, lo advertí. ¿Cómo era posible que iba a dejar esa tentación ante mi hermano Hernando? ¿O sus mismos hijos?”, dice Berta todavía con rabia en sus palabras. “Yo me comencé a pillar la cosa, solo que como el asunto no era con mis hijos, no podía hacer nada. Pero un día le hice la trampa a este que está acá, y dejé un perfume ahí de *papayita* para que lo cogiera. Ya yo para ese entonces me había dado cuenta de que en el cuarto de Aideth estaban los perfumes finos de Gladys, así que até los cabos. No tuve sino que esperar un solo día para que Roberto cogiera ese perfume y fue entonces cuando supe que había llegado el momento. Me despedí de todos y me fui dizque a dormir”, comenta esta mujer octogenaria.

Roberto la mira y le sonrío, después de tantos años sigue sorprendiéndole la astucia de su madre. Nadie, solo ella, era capaz de ponerles pruebas a los hombres de la casa, sin ningún tipo de remordimiento o duda, pues, al final, dicen ellos, solía tener la razón.

“Yo salí en el carro de ella, un Volkswagen 1975, y con mi perfume en mano. Iba más feliz que nunca y, por eso, no me di cuenta de que mi mamá salió en otro carro detrás de mí”, retoma la historia Roberto con desparpajo. “Ella vio cuando recogí a Aideth y cuando me parqueé. Estábamos ya dándonos los besitos y en esas mi mamá me toca la ventana. Juro que nunca yo había sentido un susto tan grande. Como niño chiquito me bajó del carro y me empezó a pegar mientras me gritaba

‘zángano, es que así te quería ver’’. Pero no me fue tan mal como a Aideth, pues te podrás imaginar que le dijo hasta del mal que se iba a morir”, cuenta al tiempo que Berta lo mira muerta de la risa.

“ Yo lo quería matar, pero era mejor que el correazo se lo diera Robertico, mi marido”, comenta Berta. “Pero el problema era que Robertico no estaba en la casa, sino que estaba en la finca. Entonces, yo le conté por el radioteléfono lo que había pasado. Toda la semana duré esperando para que llegara y le diera su merecido a este *pelaito*. Cuando por fin llegó, me paré de la mesa donde almorzábamos todos y fui corriendo a recibirlo”, comenta con ansias Berta.

“Yo me había puesto tres pantalones y tres camisas para que el correazo no me doliera tanto, pero tenía un calor salvaje”, interrumpe Roberto a su madre y agrega: “Cuando sentí que llegó mi papá y mi mamá salió a recibirlo, me escondí en mi cuarto. Escuché los pasos de mi viejo, quien inmediatamente abrió y cerró la puerta, diciendo: ‘No_joda_ estás jodido, te dejaste pillar de tu mamá’’. No había yo alcanzado a reírme cuando entró ella gritando”.

Interviene enseguida Berta, alzando su voz: “Cuando yo escuché esas palabras, la rabia casi se me sale por los ojos y entré al cuarto gritándole a mi marido: ¡zángano!”.

“¿Y sabes que respondió mi papá? ‘Mija, esto es psicología’”, cuenta Roberto mientras lo invaden las carcajadas.

Perdidos de amor

Sin embargo, para Aideth su final no fue tan afortunado como el de Roberto, pues, después de ese incidente, la echaron del trabajo y los hombres de la familia quedaron destrozados. Hubo uno en particular, Julio, primo hermano de Roberto, quien realmente quedó descorazonado. De los once

parientes que fueron desvirgados por Aideth, él fue el único que se enredó profundamente con sus encantos.

“Yo me enamoré de Aideth. Tenía 15 años y fue la primera mujer de mi vida. Además era divina, tan divina que uno hasta al Country podía llevarla y nadie se daba cuenta de que no era de estrato seis”, dice [Julio](#), un hombre de unos sesenta años, que permanece igual de delgado que cuando era un adolescente.

“Me daban celos que no hubiese sido el único, pero a esa edad no podía hacer nada y además eran mis primos. Entre los dos había algo especial, o al menos eso pensaba yo. Ella me decía que me amaba a mí y ¿cómo no creerle con esos pocos años?”, agrega [Julio](#) pasándose la mano por las canas.

“Recuerdo el día que me enteré de que la habían botado de la casa de los Pérez. El corazón se me iba a salir del cuerpo. Corrí, pero cuando llegué, era demasiado tarde. Se había ido para siempre. Durante un año esperé a ver si regresaba, pero con el tiempo me di cuenta de que no iba a volver. Hace un par de años supe por un amigo mío que terminó trabajando en la casa de una gente en Corozal, Sucre, pero jamás pude encontrarla”, concluye [Julio](#), mientras saborea un tinto y observa el atardecer barranquillero.

[Julio](#) se casó y se separó al poco tiempo de tener su tercer hijo. La obsesión por este amor juvenil volvió a renacer justo en medio del divorcio. Nadie sabía que esta mujer le había cambiado la vida y, a pesar de buscarla por cielo y tierra, no la encontró por ninguna parte.

